

Autor: Jordi Pujol
Madrid, 17 de Marzo de 2005

Discurso del Muy honorable Sr. Jordi Pujol VII Premio Fundación Fernando Abril Martorell

Ante todo quiero agradecer a la Fundación Abril Martorell el honor que me hace concediéndome este premio. Un alto honor, por el premio en sí mismo y por las personas que hasta ahora lo habían recibido, empezando por el propio Rey.

Un honor también por la vinculación de este premio con Fernando Abril. Persona que por la brevedad de su paso por la política y por la discreción con la que actuó podría no ser recordada y valorada como es debido. Es decir, como alguien que contribuyó en muy muy alto grado a la obra de entendimiento y concordia que fue la transición. A aquella obra de concordia, esta es la palabra, en la que muchos participamos, y él, con el Presidente Suárez, como el que más.

Debo decirles, sin embargo, que dudé antes de aceptarlo. No, por supuesto, por la dignidad y categoría del premio, como acabo de decir, sino porque desde que dejé la Presidencia de la Generalitat he sido bastante reacio a aceptar reconocimientos de este tipo. Lo comenté incluso con mi buen amigo Martín Patino, a quien expliqué las razones de mi duda. Razones, repito, que en nada afectan al mérito de la Fundación ni al del premio y que uds. quizás comprenderán el término de mi discurso. Pero aquí me tienen, y con profundo agradecimiento.

En la vida, y en la política, y en el servicio al país se hace lo que se puede. Si es posible, al máximo. Y uno no está obligado a más. Pero hacer lo que es debido tampoco nos da derecho a reconocimientos especiales. Si acaso, al de la Historia. Uno de los fragmentos de discursos de Kennedy esculpido alrededor de la tumba del Presidente en Arlington lo deja claro. Después de referirse a la carga de la responsabilidad y al honor de poder servir al propio país, y a la "devotion" que hay que aportar a este afán -"devotion" que lo mismo puede traducirse por devoción, por dedicación o por lealtad-, termina con esta frase tan tremendamente potente: "Y todo esto con una buena conciencia como única recompensa segura, y con la Historia como juez último de nuestros actos".

No obstante, el reconocimiento de nuestros conciudadanos es muy de agradecer. Y el de ustedes, repito, lo agradezco profundamente.

Es verdad que he apostado siempre por el interés general –o lo he intentado-, por evitar iniciativas que puedan producir rupturas irreparables, que valoro al máximo todo lo que pueda crear cohesión y convivencia y que en momentos de

alto riesgo he optado por la prudencia. Dicho esto con la humildad que corresponde a quien es consciente de haber cometido errores. Pero el caso es que ayer asistí al homenaje a Carrillo y el recuerdo se me fue a aquella época en que si algunos –no solamente yo y el nacionalismo catalán, sino también otros, Carrillo entre ellos- si algunos hubiésemos actuado en términos de radicalidad el proceso democrático español hubiese corrido un muy serio peligro.

También es verdad que me he opuesto siempre al cainismo. No me he apuntado nunca a las campañas de destrucción de personas, instituciones, partidos. Nunca me he apuntado a estas campañas, y por cierto que las ha habido. Y a veces en esta actitud yo, y los míos, hemos estado muy solos. Porqué a veces hay gente que enloquece. Es esto, es esta actitud, espíritu de concordia? No lo sé. Pero sé que esta actitud a menudo no es políticamente y electoralmente rentable. Y por supuesto es de difícil comprensión para muchos que procuran que las heridas no cicatricen, que quieren sacarse espinas de hace años que debieran haber sido olvidadas. Que no atienden a advertencias como que lanzar acusaciones muy graves generalizando destroza la credibilidad de la clase política y puede destruir un país.

También sé que un país necesita tener un cánón, un conjunto de valores compartidos. Que no hay que confundir con el uniformismo, cosa que un nacionalista catalán debe subrayar especialmente. Ambas cosas, por cierto debo subrayar: la necesidad de un cánón común y dentro de él cánones más específicos si corresponde. Y que todo esto requiere espíritu de concordia, capacidad de empatía y de mútua comprensión y mucha lealtad.

Bien que mal he procurado actuar de acuerdo con esta norma de conducta. Y puede que alguien considere que es un acto de pedantería que hable como lo estoy haciendo. Porque no me corresponde a mí hablar de mí mismo. Hacerlo puede ser objeto de crítica, quizás justificada. Pero ustedes me perdonarán si les digo que estoy instalado en un terreno en el que las críticas sólo me duelen –y mucho- si afectan al honor personal y al prestigio del país. Por otra parte creo tener derecho a decir cuanto he dicho, y a añadir algo mucho más importante y quizás también más impropio todavía de un discurso de agradecimiento. Repito, quizás un tanto impropio.

Pero puesto que ustedes creen que yo he sido un hombre de concordia, y puesto que yo he sido Presidente de Cataluña durante cerca de 24 años, y puesto que he procurado que la fuerza política que he dirigido –que ha jugado y juega un papel muy importante en Cataluña- actuase de acuerdo con estos principios, y puesto que por lo tanto de todo ello puede concluirse –y esto es lo importante- que este espíritu de concordia ha inspirado por lo menos en buena parte la política de Cataluña durante los últimos decenios, yo me siento con derecho a decirles dos cosas. La primera, quien realmente merece este premio es Cataluña. La segunda, que yo creo que esto a Cataluña no se le ha reconocido. Sé que Cataluña no pasa ahora su mejor momento. Que pasa un mal momento. Y no niego que me siento apenado en como se llevan las cosas

en Cataluña. Por consiguiente la crítica a cuanto les digo podría parecer fácil. Pero estoy suficientemente lejos del día a día político, en general suficientemente desasido, y ustedes son personas de suficiente calidad humana como para que pueda decirlo.

No se le ha reconocido esta actitud de concordia y de amplia y profunda solidaridad en todos los terrenos en el trato político, no se le ha reconocido en el conjunto de la opinión pública y publicada. Ni se ha hecho en general un esfuerzo suficiente de comprensión hacia ella. Hacia Cataluña.

Repito: puesto que ustedes creen que soy un hombre de concordia, que no soy un insensato, que valoro la convivencia, que tengo como uno de mis motivos de orgullo que ustedes piensen que he contribuído al progreso político, económico y social de España y a la defensa de un clima político respirable, apto para el trabajo común positivo, puesto que debo entender que ustedes piensan esto les ruego que no rechacen sin más lo que les acabo de decir. Que lo piensen. Sin cerrar la puerta a la autocrítica. Como tampoco debo hacerlo yo. Ni Cataluña.

Durante los próximos meses habrá ocasiones para poner a prueba el espíritu de concordia de mucha gente. De analizar si son justos o no determinados planteamientos identitarios, políticos, financieros que ahora va a hacer Cataluña, y que ya nadie podrá atribuir en términos negativos a Jordi Pujol. Por otra parte durante los próximos meses Cataluña deberá hacer una reflexión profunda sobre si misma. Lo sucedido durante los últimos meses obliga a ello. Pero España en su conjunto no debiera encerrarse en este tema en una posición hermética. "Tiene usted razón con lo que pide" me dijo en cierta ocasión una muy alta personalidad política del Estado, "pero ya nos está bien así". Y así me despachó.

Podría suceder que ahora, quizás menos bruscamente, se nos dijese lo mismo. Podría suceder. Si alguna autoridad me da el hecho, según ustedes, de haber sido un hombre de concordia, y de haber contribuído a la estabilidad y al progreso general español, incluso de haber hecho renunciaciones importantes pensando en el interés general, si alguna autoridad me da esto es para reclamar a la clase política española, a la opinión pública y a los medios de comunicación una nueva reflexión, con más empatía, sobre Cataluña y su lugar en España.

Señoras y señores. En la primera de las frases esculpidas al lado de la tumba del Presidente Kennedy, se habla de pasar la antorcha. No podía referirse a él mismo, puesto que murió joven e inesperadamente. Pero quienes estamos en el atarceder de nuestra vida política sí podemos aplicarnos la frase. Y puestos a transmitir una antorcha, un legado, un mensaje, una ambición, el espíritu de concordia es uno de los valores que hay que transmitir.

Sabiendo que no siempre imperó durante los últimos 30 años en la política española, ni es seguro que impere ahora tanto como debiera. Ni si tengo yo –

aunque ustedes parece que piensan que sí- ni tenemos en conjunto nuestra generación autoridad moral para su predicación.

Pero los principios y los valores positivos valen por sí mismos, más allá de las virtudes o defectos de las personas. Es por ello que me atrevo a recordar que el cainismo, que la soberbia hiriente, que la ira incontrolada y animada de ánimo destructivo llevan al fracaso colectivo.

Reciban mis palabras como agradecimiento sincero a la distinción que me hacen. Como expresión de una forma de entender la vida pública, no sé si siempre bien aplicada o no por mi mismo. Y como expresión entre confiada e inquieta, en todo caso humilde, de que la Historia será, como decía Kennedy, “el juez final de nuestros actos”.